

NADIE SABE LO QUE PUEDE UN CUERPO

Alaska de Diana Szeinblum

CLAUDIA GROESMAN

Universidad de Buenos Aires

En *Alaska* (2007), el espacio escénico se articula en la tensión entre un escenario recortado por una tarima y un afuera donde están los músicos, una mesa con bebidas y una cafetera, y algunas sillas alrededor.

El fuera de escena vuelto al espectador marca el tiempo real que hace de la obra un acontecimiento, en el que las entradas y salidas de los bailarines van minando los límites entre ambos espacios y el orden de las secuencias desaloja la expectativa de un relato. De esta manera, la música y el movimiento hilan una trama cuyo efecto dramático roza el misterio. Misterio que no sólo se manifiesta en lo que liga la discontinuidad de los estados y las acciones, sino también en los pasajes de la escena al fuera de escena. Eso que parece en principio marginal e indiferente y que incluso se muestra en penumbras, empieza a ser relevante.

Si Pina Bausch cambió la pregunta de cómo se mueven los cuerpos a lo que los mueve, aquí esa misma pregunta se instala en una frontera de experiencia de los cuerpos de los bailarines. Ver a alguien que baila, se sienta, toma algo, conversa o espera, nos confronta con la proximidad de lo extraño.

Y la tensión entre ambos espacios, retorna a los cuerpos como fuerzas que se interceptan, se acumulan, se disgregan, chocan y se encuentran, en un orden provisorio que vuelve inasible e inexpresable la distinción interior-exterior.

Pueden hacerme preguntas personales1

Dice la coreógrafa Diana Szeinblum: “todo lo que el cuerpo no dice frente a ciertas experiencias de la vida queda en un lugar interior”

Texto de la obra en el que uno de los intérpretes interpela al público.

En ese forzamiento que supone hacer hablar al cuerpo la obra construye su

lenguaje desde esa imposibilidad mediante una sintaxis abrupta y fragmentaria, como si desease preservar en cada combinación de signos el goce momentáneo de un cuerpo que entrega lo que más ignora de sí mismo.

La imposibilidad señala un lugar sin localización “luminoso y oscuro”³
en donde

lo no dicho se mantiene intacto, y que al manifestarse corroe toda intención de representar un sentido.

De esta manera, lo que imaginamos como interioridad se vuelve pura exterioridad, es decir material coreográfico.

Al respecto, Szeinblum comenta: “en definitiva es un trabajo de historia... cada movimiento que hoy está puesto contiene muchas instancias anteriores: pasos, problemas, circunstancias.”⁴

En Alaska, las historias de vida y sus marcas en los cuerpos de los intérpretes son la matriz o punto de partida del procedimiento de trabajo en que fue decantando la obra. En este sentido, es el procedimiento el que va sellando distintos momentos que reunidos, conforman un mapa que se despliega como el recorrido biográfico de la obra misma.

La danza es un arte donde el impulso vital se transfigura en ritmo, poética de lo aleatorio y fugaz que nos revela ese exceso que no puede ser comprendido ni arrasado por la técnica. Pero también contiene la cifra de su propia paradoja. Entre la búsqueda de perfección y la destrucción de los mecanismos de control y disciplinamiento del cuerpo, sigue expandiendo aún hoy los límites inciertos de su lenguaje.